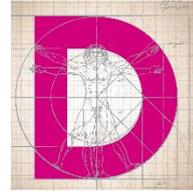


Digilec 2 (2015), pp.116-118

Fecha de recepción: 21/06/2015

Fecha de aceptación: 22/07/2015

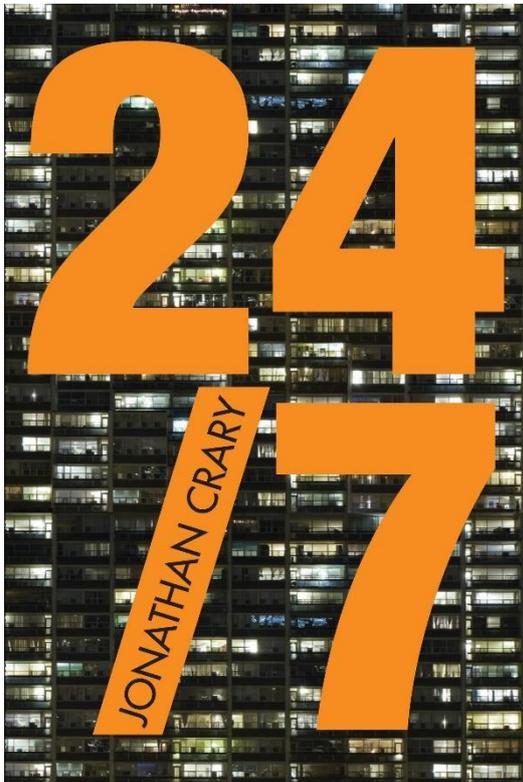
DOI: <https://doi.org/10.17979/digilec.2015.2.0.1907>



e-ISSN: 2386-6691

RESEÑA DEL LIBRO: JONATHAN CRARY, *24/7 LATE CAPITALISM AND THE ENDS OF SLEEP*, VERSO BOOKS, 2014
BOOK REVIEW: JONATHAN CRARY, *24/7 LATE CAPITALISM AND THE ENDS OF SLEEP*, VERSO BOOKS, 2014

Juan Luis MORENO*
Universidad de Buenos Aires



Editorial: Verso Books
Lugar de edición: Nueva York
Número de páginas: 144 páginas
Año: 2014
ISBN: 978-1781683101

El autor escoge la relación entre el sueño y el capitalismo para mostrar que la actividad que exige la cultura capitalista moderna es incansable, ajena por completo a los ritmos lumínicos o biológicos a los que están sujetos los individuos que viven en un entorno capitalista. Los particulares, bien como consumidores de los productos y servicios o bien como productores, se encuentran en contacto permanente con empresas, como manifestación de dicha cultura capitalista, y sufren la invasión continua de los reductos de intimidad. Esta invasión se realiza mediante constante presión audiovisual para que su relación con las empresas no se vea interrumpida por momentos de privacidad, pero sin embargo el sueño, como descanso necesario y reclusión individual, sigue siendo la última frontera de privacidad que el capitalismo no ha logrado invadir.

El libro se estructura en cuatro capítulos. En el primero de ellos se revisan diversas aproximaciones al sueño humano como objeto de estudio y como herramienta de control social y tortura, y se indican algunas manifestaciones de la progresiva invasión del sueño por la cultura capitalista. El sueño se intenta acercar a la vigilia para no perder capacidad de producir, vender o comprar, y correlativamente el día pasa a ser un territorio borroso en el que se desarrollan tareas repetitivas bajo el lastre de la falta de descanso pleno. El segundo capítulo examina la invasión de la vida privada por la tecnología audiovisual con fuerte contenido de marketing, y que facilita la concepción de la cultura capitalista como una sucesión de actividades de producción y consumo en la que la satisfacción inmediata procede de tener el último objeto descartable, pese al riesgo de que el consumidor de medios audiovisuales y telecomunicaciones o sus datos sean el verdadero producto, y de tratamiento indiferenciado de los aspectos personales y materiales: el mismo teléfono permite gestionar la cuenta del banco y la relación con los amigos. El tercer capítulo caracteriza el sistema productivo capitalista moderno a través de los rasgos de repetición y deshumanización del trabajo diurno y de incremento del trabajo nocturno. Ambos acontecimientos facilitan la aparición de una sociedad bajo permanente control, en la que las relaciones interpersonales se desarrollan en ambientes regulados, institucionalizados por la presencia en mayor o menor medida de la figura de una empresa. Además, los medios audiovisuales penetran los ambientes antes no institucionalizados y desposeen del tiempo privado, que con frecuencia se pasa en horas vacías dedicadas a ojear la televisión o navegar por Internet. Por último, el capítulo cuarto examina una serie de manifestaciones literarias y cinematográficas en las que se refleja la invasión de la vida privada por el capitalismo y las conecta con la continua incitación al consumo audiovisual: las redes requieren la presencia en todo momento. Los perfiles individuales no deben ser desatendidos, las identidades virtuales deben estar actualizadas, y las comunicaciones virtuales fomentan individualización y facilitan que la cultura capitalista inculque el rechazo a motivaciones cooperativas o comunitarias, e incluso a la ayuda a otros individuos.

El ensayo no pretende ser un trabajo de investigación, aunque sustenta algunos de sus análisis en citas de Marx, Foucault, Deleuze o Dewey entre otros. El libro tiene un ritmo ágil, directo y preciso, y su lectura es agradable sin que las citas distraigan de su carácter de reflexión cultural inmediata. Como contrapartida negativa, este estilo también lleva Crary a incluir menciones no fundamentadas a ideas como obsolescencia programada y a manifestar reservas ante posibles futuros transhumanistas en los que la

tecnología permita digitalizar, almacenar y reproducir la mente humana. Sin embargo, el libro apela a ciertos conceptos que considero muy acertados porque permiten al lector visualizar nítidamente el panorama en el que el autor quiere situarle. Uno de ellos, es el concepto de sincronización de masas o sincronización masiva (mass synchronization). El empleo del término sincronización aplicado a un entorno de conexiones de datos hace surgir inferencias de los hablantes que habitualmente se aplican a aparatos electrónicos pero no a personas. Este recurso contribuye a resaltar la deshumanización de los individuos conectados en todo momento a ofertas de consumo y gasto. En lugar de sincronizar las agendas de los smartphones con los ordenadores portátiles o con bases de datos online, Crary sugiere que los individuos son los elementos conectados que se actualizan y deben mantenerse al día en sus interacciones digitales, de modo que gustos, pensamientos y opiniones se uniformizan. Las consecuencias a efectos sociales y políticos que Crary relaciona con este pensamiento uniforme son desalentadoras.

En definitiva, las conclusiones del ensayo son pesimistas en cuanto a la absorción de las personas inmersas en el vigente capitalismo de postrimerías, sustentado en la omnipresente exigencia de consumo y reemplazo inmediatos, y en cuanto a las capacidades que confieren los medios de comunicación electrónica. El smartphone se convierte en una herramienta para hacer que los particulares sean en todo momento consumidores, y las relaciones personales requieren intermediaciones empresariales que las monetarizan, igualan gustos, modas y pensamiento, y eliminan la capacidad de los individuos generen propuestas alternativas. Son los propios individuos los que renuncian a la intimidad del sueño y siguen conectados al sistema de producción y consumo frente a la pantalla más cercana, incluso cuando ya están dentro de sus camas, y antes de salir de ellas consultan de nuevo sus respectivos perfiles sociales y cuentas de correo electrónico. Si bien el sueño como desconexión momentánea entre la persona y el capitalismo de postrimerías aún resiste, se encuentra sitiado porque los propios individuos son sometidos a la constante sugestión de que la vida es todo aquello que no es sueño.